

Figuras nocturnas

Los focos del micro iluminan claramente el camino; al iluminarlo iluminan también la vida humana, o una parte de la vida humana, que vive en sus orillas. Es día Sábado y mañana será Domingo, es decir, fiesta.

Damos vuelta una curva y vemos surgir un viandante que camina en la misma dirección que llevamos; la luz lo recorta violentamente sobre el paisaje que le es propio: calza ojotas; un pantalón color café, arremangado, le queda entre el tobillo y la media pierna; sigue una chaqueta de tono herrumbroso y algo blanco que cuelga debajo de ella: una camisa que se ha salido de su lugar o un saco harinero que va amarrado a la cintura; un sombrero de los llamados "hoja de zapallo, sin línea, sin cinta, sin color, remata la figura.

El hombre ~~no~~ tranquea firme y sin prisa por la orilla de la carretera: parece saber a dónde va y por dónde; no lo amedrentan la luz ni la bocina y ni una sola vez da vuelta la cabeza para mirarnos. Nos ignora y con su actitud nos demuestra que no tiene nada que ver con nosotros: no nos debe nada y es muy posible que nosotros le debamos algo. Pasamos junto a él sin saber qué rostro tiene; pero, en verdad, no hace falta: debe tener el rostro desconocido del Chile que trabaja, ese rostro que nadie parece conocer, ya que, según todo el mundo, el obrero chileno no trabaja: vive de la generosidad de los patrones y de la del Fisco, que a su vez viven de la generosidad del Altísimo.

Desaparece el hombre y durante mucho rato el camino permanece solitario; finalmente, cuando ya pensamos que no hallaremos a nadie hasta no estar en Curacaví, sentimos, más que vemos, la presencia de alguien. El chofer, en efecto, hombre diestrísimo, tiene en sus manos algo como un sobresalto que se transmite a la máquina. Algo pasa: miramos y vemos, a la izquierda del camino, cómo un hombre vestido con un traje verde hace desesperados esfuerzos por levantarse del suelo; no puede, sin embargo,

como si algo poderoso, con una fuerza mas poderosa aun, lo sujetara a la tierra.

El sobresalto del chofer ha sido explicable: en el primer momento no supo de qué se trataba; podía ser un herido, un accidentado, incluso un muerto. Ahora lo sabe y pasa, corriendo firme hacia la entrada de la Cuesta de Barriga. El hombre verde queda allá, en la sombra, peleando contra sí mismo, sin saber hacia dónde va y por dónde va.

Manuel Rojas

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

---

Sucesión Manuel Rojas ©